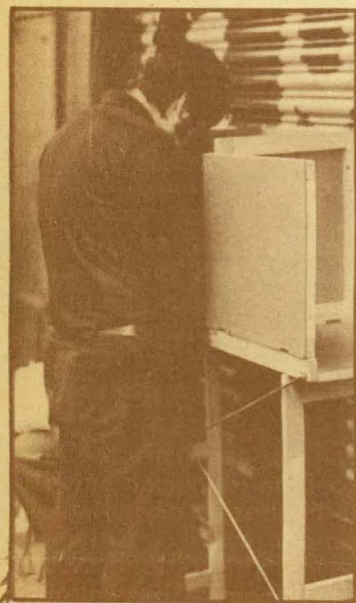


Para seguir ¿siendo libres?

El Voto Del

Julio 20 de 79. —

POR MIGUEL ÁNGEL GRANADOS CHAPA



Buscar "el voto del miedo" es riesgoso e infundado.

Tal vez se deba a la vastedad abrumadora de la ciudad de México y su zona metropolitana, o tal vez a la propia flojedad de las campañas electorales. Lo cierto es que ni siquiera un recorrido sistemático por la ciudad, en busca justamente de actos electorales que permitan medir la importancia y la magnitud de la actividad de los partidos nos hace saber cómo están buscando estas agrupaciones el voto de los ciudadanos.

Hay, sí, aquí y allá, vehículos equipados con sonido que propagan las tesis partidarias; de vez en cuando, oradores solitarios que reclaman casi inútilmente la atención de los viandantes; reparto de volantes; y, sobre todo, esa nueva pintura mural en que parece haberse agotado el esfuerzo propagandístico de la presente campaña.

De entre los lemas que, multiplicados por doquier se imponen por ello a la vista de los ciudadanos, sobresale el que demanda el voto dedicado al PRI "para seguir siendo libres". Bajo la apariencia inocente del lema se esconden trasfondos en los que conviene recapacitar.

Se conoce bien la existencia del chantaje conocido, en términos electorales, como "el voto del miedo". Cuando un partido, casi siempre de naturaleza conservadora, se descubre incapacitado para movilizar a los electores hacia la consecución de metas no alcanzadas hasta entonces, tiene que recurrir al atemorizamiento. Fundado en circunstancias más o menos reales, construye fantasmas que agita delante de los electores. Con frecuencia el espantajo preferido es el comunismo.

Por ejemplo, en 1964, en Chile, cuando el Frente Revolucionario de Acción Popular (FRAP), antecedente inmediato de la Unidad Popular, se había convertido ya en una fuerza política poderosa, capaz de disputar a la democracia cristiana el grueso del electorado chileno, los partidos conservadores emprendieron contra el FRAP una sucia campaña de intimidación. Carteles anónimos llenaron las calles de Santiago con la reproducción de escenas grotescas en que un funcionario arrebatada su hijo a una atribulada madre, y con leyendas en que se explicaba que eso ocurriría al triunfo de Salvador Allende, que también era candidato presidencial en aquella oportunidad.

Más recientemente en Francia, y en Italia apenas a principios de este mes, como antes había ocurrido en España y en Portugal, la apelación a temores recónditos o aflorados de los ciudadanos ha surtido también un resultado eficaz. En todos esos casos, sin embargo, esta fea táctica electoral se explica porque los partidos comunistas o socialistas de aquellas naciones constituyen una fuerza social de tal manera importante que ha sido inminente, en efecto, su entrada en el gobierno por la vía de los votos.

En cambio, buscar "el voto del miedo" en México resulta no sólo innecesario sino riesgoso e infundado. Explicaremos en primer término la falta de necesidad de una argumentación como la que está implícita en el lema de que estamos hablando. Es evidente que, a pesar de la reforma política, o en virtud de ella misma según estimarían sus críticos más radicales, el panorama electoral mexicano no variará sustancialmente, en julio próximo respecto del que ha podido advertirse en la última década. El predominio del PRI sufrirá, sin duda, alguna mengua, pero no dejará de ser tal predominio. Los partidos tradiciona-

ESO DE MANEJAR RIQUEZA

O EL SUPPLICIO

POR ALBERTO DOMINGO



Tanto nos dicen de los campesinos, jadeantes tras el arado, de sol a sol, arrancándole a fuerza de sudor sus frutos a la tierra, descalzos, vestidos con jirones, para luego ver las mazorcas y las espigas, los montones de ellas, en las mesas ajenas, en las panzas orondas de los ricos...

Y nos hablan de los obreros que en las fábricas laboran duramente para, por ejemplo, construir automóviles, mientras ellos viajan en atestados camiones crujientes que más parecen huacales de gallinas sedientas...

Y concluyen, los discurseros, tras de mil patéticos ejemplos semejantes, justificando el descontento, la irritación y aún la rebeldía de los así tan mal tratados por la suerte (por el sistema)...

No nos dicen (pero imaginamos que pudieran decirlo) una palabra de quienes padecen tormento parecido: los empleados de banco, por ejemplo, por cuyas manos pasan todos los días montones de billetes, cuantiosas sumas de dinero, sin que se les permita más que mirar, acariciar aquéllos, contar éstas, soñarlas cuando mucho...

El mendigo sin piernas que ve pasar por la acera los taconazos firmes de los bien comidos, el niño famélico que a través del cristal del restorán lujoso sólo puede mirar los manjares que engullen los prósperos, sujetos de literatura lacrimosa han sido repetidamente. ¿Mas quién se acuerda, para escribir páginas de hondo contenido social —y socialista—, de quienes aún con el empaque del traje limpio y el calzado sin agujeros tal vez se sientan pránganas superlativos moviéndose, día tras días, en medio de una abundancia que no les pertenece ni acaso les pertenecerá jamás?

Los trabajadores de las minas para otros extraen el oro, la plata, los diamantes, mientras que ellos sólo tragan silicosis. ¿Cómo no van a sentirse desolados, cómo no van a hacerse neuróticos los que barajan, cuentan, ordenan y finalmente sueltan los oros, los billetes de banco que van a ir a comprar comodidades y placeres para otros, en tanto ellos han de mantenerse en la estrechez constante de los sueldos mezquinos?

Vea usted: Adela Ticante Ramírez estaba empleada en las oficinas de la empresa llamada Servicio Panamericano de Protección que se dedica a guardar, cuidar y transportar dinero de otras compañías, de otras empresas; lo tienen en cajas fuertes, lo meten en